

Bernd Fährmel Beyer*

El paisaje sagrado del estado en Monte Albán

Resumen: La definición de los territorios que comprendían los estados de Monte Albán y Teotihuacán, y los recursos empleados para su demarcación depende, en buena medida, del análisis iconográfico de los materiales arqueológicos que han llegado a nuestros días. Con base en los diseños del Montículo J de Monte Albán se aduce, que para la época II de Monte Albán se había desarrollado una iconografía propia del estado, que delimita su entorno geográfico y distingue a las figuras que sobresalieron en el ámbito político y religioso. El tocado de algunas figurillas de piedra verde ofrendadas en Teotihuacán durante épocas tempranas demuestra que en esta ciudad se emplearon elementos iconográficos semejantes a los que vemos en Monte Albán.

Summary: The recognition of Monte Alban's and Teotihuacan's territorial hinterlands, and the means employed for their demarcation, depend on the iconographic analysis of the surviving material record. The designs carved on the building-slabs of Mound J at Monte Alban show that during this city's second occupation period a well conceived state iconography had developed. The component elements of these designs not only define a given geographic space, but also qualify other images and figures which played a key role in the settlement's politics and religion. The headdress of some early Teotihuacan greenstone figurines demonstrates that similar iconographic devices were used by the ruling class of this city.

* Estudió arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México. Obtuvo su maestría en antropología en la Universidad de Nuevo México, Albuquerque, y su doctorado en arquitectura en la Universidad Nacional Autónoma de México. Es investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, y se ha dedicado a estudiar los pueblos prehispánicos de Oaxaca, con énfasis especial en los zapotecos. Sus trabajos sobre arquitectura y urbanismo buscan enlazar el registro arqueológico con los datos etnohistóricos y etnográficos mediante un enfoque icónico diacrónico y dinámico.

INDIANA 22 (2005), 161-187



INDIANA 22 (2005), 161-187

1. Introducción

El estudio del paisaje interno y externo a las antiguas ciudades mesoamericanas es un asunto relativamente nuevo en la arqueología, si bien se fundamenta en el análisis de los patrones de asentamiento y del medio ambiente en el cual se desarrollaron éstas. La diferencia entre uno y otro enfoque radica en que el primero requiere del investigador una visión *emic* o “desde dentro” de los problemas resueltos en el pasado. En este sentido, los materiales arqueológicos deben ser ubicados dentro de las circunstancias del momento para entender los conceptos que fueron importantes para los pueblos estudiados. El presente trabajo enfocará la época en que se consolidó el estado zapoteco, y la iconografía empleada por los gobernantes para distinguir el entorno político-religioso de su capital, Monte Albán. Como se verá, se trata de un tema del que se sabe poco, y en el que predominan las ideas y propuestas elaboradas desde una perspectiva actual. No obstante, los conceptos que derivan de este análisis podrán ser empleados en el estudio del paisaje sagrado de otros pueblos, y como ejemplo haremos una breve referencia a las fases tempranas de Teotihuacán.

2. Antecedentes

Uno de los temas que más interés ha suscitado entre los investigadores de las antiguas culturas mexicanas es el surgimiento del estado y el florecimiento de ciudades como Monte Albán y Teotihuacán. Con trece siglos de ocupación ininterrumpida la primera, y ocho siglos la segunda, estos sitios son ejemplo de la vida urbana y de la civilización del Clásico mesoamericano.

Mucho se ha escrito sobre estas ciudades, desde que los viajeros del siglo XIX las empezaron a visitar hasta que Alfonso Caso, Manuel Gamio y sus equipos las exploraron durante la primera mitad del siglo XX. La arquitectura, la cerámica, la escultura y pintura mural recuperadas mediante arduas temporadas de excavación permitieron a estos autores, entre otros, crear el cuadro que tenemos de los zapotecos y teotihuacanos en la actualidad, y definir los vínculos que hubo entre los valles centrales de Oaxaca, el altiplano mexicano y las demás culturas prehispánicas. Los recorridos de superficie realizados en el altiplano por los equipos de William Sanders y René Millon permitieron ubicar a Teotihuacán en el contexto del paisaje lacustre y las planicies aledañas (Millon 1973; Sanders/Parsons/Santley 1979). En los valles centrales de Oaxaca, los trabajos de Richard Blanton, Stephen Kowalewski, Gary Feinman y demás miembros del proyecto de la Universidad de Georgia permitieron visualizar, por su parte, el tamaño real de la ocupación en Monte Albán y la cantidad de sitios que se desarrollaron en sus alrededores desde el Preclásico hasta los tiempos en que tuvo su auge el reino de Teozapotlan (Blanton 1978; Blanton/Kowalewski/Feinman/Appel 1982; Kowalewski/Feinman/Finsten/Blanton/Nicholas 1989). Con base en el tamaño de los asentamientos y su disposición espacial, dichos autores propusieron funciones y

jerarquías de sitios, pero muy poco se avanzó en cuanto a la organización misma de sus respectivos estados y la forma en que éstos se representaron dentro de los ámbitos que abarcaron. La escala de las pirámides y de los palacios excavados hasta entonces sugería el predominio económico y cultural de Teotihuacán y Monte Albán, pero poco o nada se sabía sobre quienes las gobernaron.

Sería hasta los años ochentas y noventas que la semiótica permitió a los investigadores adentrarse en el complicado mundo de los signos, y profundizar en la decodificación de las imágenes que las antiguas élites emplearon para transmitir sus mensajes. En ese momento surgieron también las primeras aseveraciones sobre el territorio y los lugares que comprendieron dichos estados. Así, algunos autores piensan que las imágenes de árboles y las figuras encerradas en los cuadros de los murales recuperados en Techinantitla y La Ventilla, Teotihuacán, representan lugares o subdivisiones administrativas de la metrópoli del altiplano (Berrin 1988; Cabrera Castro 1997). El hallazgo de más de 200 individuos sacrificados alrededor y debajo del Basamento de las Serpientes Emplumadas condujo, por otro lado, a la idea de que la teocracia teotihuacana realizaba guerras contra sus vecinos, protegiendo de alguna manera sus fronteras (Cabrera et al. 1991).¹ Para Oaxaca, Gordon Whittaker (1980, 1981, 1982, 1992), Charles Spencer (1982; 2003), Elsa Redmond (1983), Joyce Marcus (1976; 1980; 1983; 1992), Joyce Marcus con Kent Flannery (1996) y Kent Flannery con Joyce Marcus (2003) también han elaborado argumentos de conquista y expansión territorial, basándose en la hipótesis de Alfonso Caso (1947) sobre el significado de los diseños grabados en las lápidas del Montículo J de Monte Albán. Sus enfoques e interpretaciones varían, empero, según la forma en que han leído o interpretado dichas imágenes.

Ahora bien, a nuestro parecer los trabajos sobre las épocas más antiguas de Monte Albán han privilegiado el factor guerra como catalizador de la evolución social, y olvidado que durante el Clásico temprano surgieron muchas otras ciudades dentro del enorme mosaico cultural mesoamericano. Tomando en cuenta que la construcción del estado zapoteco, al igual que la del estado teotihuacano, se realizó en fechas para las cuales la densidad poblacional del área aún era relativamente baja, habría que analizar la trayectoria de cada uno de sus componentes sociales en función de los demás componentes internos y externos, y ponderar la necesidad de una política de conquistas por parte del poder central (Fahmel Beyer 1995; 2000).²

1 En su estudio comparativo entre Teotihuacán y Monte Albán, Bernd Fahmel Beyer (1997) argumenta que los sacrificios del Basamento de las Serpientes Emplumadas formaban parte del culto a la dualidad Xipe-Tlaloc, o Xipe-Cocijó como se diría en Oaxaca, y que no tuvieron que ver con la guerra directamente.

2 En *The Sola Valley and the Monte Alban State*, Andrew Balkansky (2002) propone una política más compleja para el desarrollo del estado en Monte Albán, dejando a un lado el factor guerra excepto como recurso en contra de pueblos no zapotecos.

3. El Montículo J en la Arqueología de Oaxaca

En 1947 Alfonso Caso publicó el primer estudio sobre las piedras grabadas que se encuentran empotradas en los muros traseros de la primera estructura ubicada dentro del Montículo J de Monte Albán. Al respecto escribe:

Según creemos, representan pueblos conquistados por Monte Albán, durante la época II. La cabeza invertida y con el ojo de muerto, probablemente es la del rey del lugar conquistado, quizá vestido con los adornos característicos del dios del lugar, como vemos que aparecen los caciques derrotados en el *cuauhxicalli* de Tizoc (Caso 1947: 27-28).

Dicha interpretación se sitúa dentro de un contexto muy particular de la historia mexicana y ha sido respetada, casi venerada, por otros autores que se han dedicado a profundizar en el significado de las imágenes elaboradas por los antiguos zapotecos. Sin embargo, el desarrollo de la arqueología oaxaqueña y los hallazgos realizados durante la segunda mitad del siglo XX sugieren que la dinámica de las sociedades pasadas fue mucho más rica de lo que hasta entonces se había pensado, y que los mensajes plasmados en sus relieves son susceptibles de otras interpretaciones.

Partiendo de un marco conceptual más amplio, que considera la complejidad de la fisiografía, climatología e hidrología de Oaxaca, el carácter tortuoso de sus vías de comunicación, la diversidad étnica y lo multifacético de sus manifestaciones culturales, queda claro que la única manera de tener un control sobre la región es a través de la diplomacia y la negociación. Siguiendo las propuestas de Ignacio Bernal sobre la relación de igualdad entre Teotihuacán y Monte Albán, es necesario concebir a esta última como la sede donde se tomaban los acuerdos que garantizaban la fluidez de las relaciones entre los diversos grupos étnicos y lingüísticos de la entidad³ (Bernal 1965; Fähmel Beyer 2000). En este orden de ideas, el recorrido de los valles centrales iniciado por Ignacio Bernal, y continuado por otros investigadores, ha permitido ubicar numerosos sitios arqueológicos e inteligir los vínculos que existían entre ellos. Sobre los sitios de la época II, en específico, señala Bernal:

[...] Period IC leads up to Period II because some of the elements which constitute the former continue in the latter phase. As can be seen from the list of traits, the bearers of Period II culture brought or invented many elements of their own but went on using others which were characteristic of the previous period. In other words, we are dealing with a new and different culture which retains many of its predecessor's traits. Study of the list of traits tends to show that the bearers of Period II culture (at least in Monte Albán) were an aristocracy of rulers or priests who imposed their own ideas but did not constitute a majority capable of obliterating the old culture, which survived among the bulk of the population. The relatively few sites in the valley where Period II appears to have flourished (there were

3 Tal vez esta es la razón de que en Monte Albán haya tan pocos monumentos esculpidos, descontando los registros fundacionales de las épocas I y II temprana, y los genealógicos de la época IIIB.

hardly any outside it) are important ceremonial centers. This is exactly where an aristocratic minority would have settled, without immediately influencing the smaller sites, which would have acquired some of the new traits only gradually [...] (Bernal 1965: 800).

Si de lo anterior se desprende que el aspecto de la continuidad fue el más importante para el discurso de Ignacio Bernal, resulta paradójico que también lo fuera para Alfonso Caso, promotor de la visión belicista de Monte Albán. En la descripción de los contextos que halló al explorar el Montículo J refiere que

[...] hay que hacer notar que el montículo J sufrió varias superposiciones, desde que se construyó el templo primitivo, y que algunas de ellas ya fueron en la época II, pues piedras labradas del mismo estilo que las que aparecen en la fachada, fueron utilizadas como material de construcción en alguna de las estructuras anteriores. También en forma de material de construcción, aparecieron en estructuras anteriores y en la final, figuras de danzantes muy semejantes a las encontradas en el Templo Antiguo, ya mencionado, por lo que podemos concluir que las piedras que aparecen en las fachadas del cuerpo inferior del montículo J, se usaron después que la época II estaba bien avanzada, y cuando ya en estructuras anteriores se habían usado piedras de este mismo estilo y de estilo danzante. También es indudable que después de la época II, el montículo J se siguió usando, ya que las piedras de la fachada aparecieron cubiertas de estuco, y que el piso del corredor estaba bastante más alto que la base de estas piedras labradas [...] (1947: 20).

Considerando el hecho de que los cambios de la época I a la II se expresan de una manera tan sutil, y que las élites de Monte Albán se dedicaron a consolidar el aparato administrativo que impuso nuevas reglas de juego a nivel regional, ¿qué otra evidencia material se tiene para apoyar las ideas de Alfonso Caso sobre las lápidas del Montículo J? El que ninguno de los autores antes mencionados se atreviera a ligar los supuestos pueblos conquistados con alguno de los sitios de la época II, ni con los asentamientos de hoy sugiere que dicha tarea implicaba riesgos metodológicos que hasta la fecha no han sido superados (Whittaker 1980: 56-72; 1992: 7-9). Una revisión somera de los planos que ilustran la distribución de los yacimientos registrados por Blanton et al. (1982) y Kowalewski et al. (1989) indican que numerosos sitios de inicios de nuestra era se encuentran apartados de las poblaciones actuales y en ninguno de ellos se detectan huellas de agravio a nivel superficial. Además, con el paso a la época III muchos fueron abandonados, perdiéndose los referentes espaciales –que no los culturales– entre las gentes que habitaron los sitios que les sucedieron. Movimientos poblacionales de este tipo también se han detectado en el valle de San Dionisio Ocotepec, al sureste de la ciudad de Oaxaca, donde a la fecha llevamos a cabo un recorrido de superficie intensivo para localizar los sitios arqueológicos que permitirán evaluar la historia del asentamiento humano.⁴

4 El proyecto de recorrido en la comarca de San Dionisio Ocotepec-San Baltazar Chichicapan es financiado por el Conacyt, y se realiza a través del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la

4. Las lápidas del Montículo J

En el estudio iconográfico de los diseños plasmados en las lápidas del Montículo J, Alfonso Caso (1947) distingue tres elementos que de arriba hacia abajo serían los siguientes (figs. 1a y 1b):

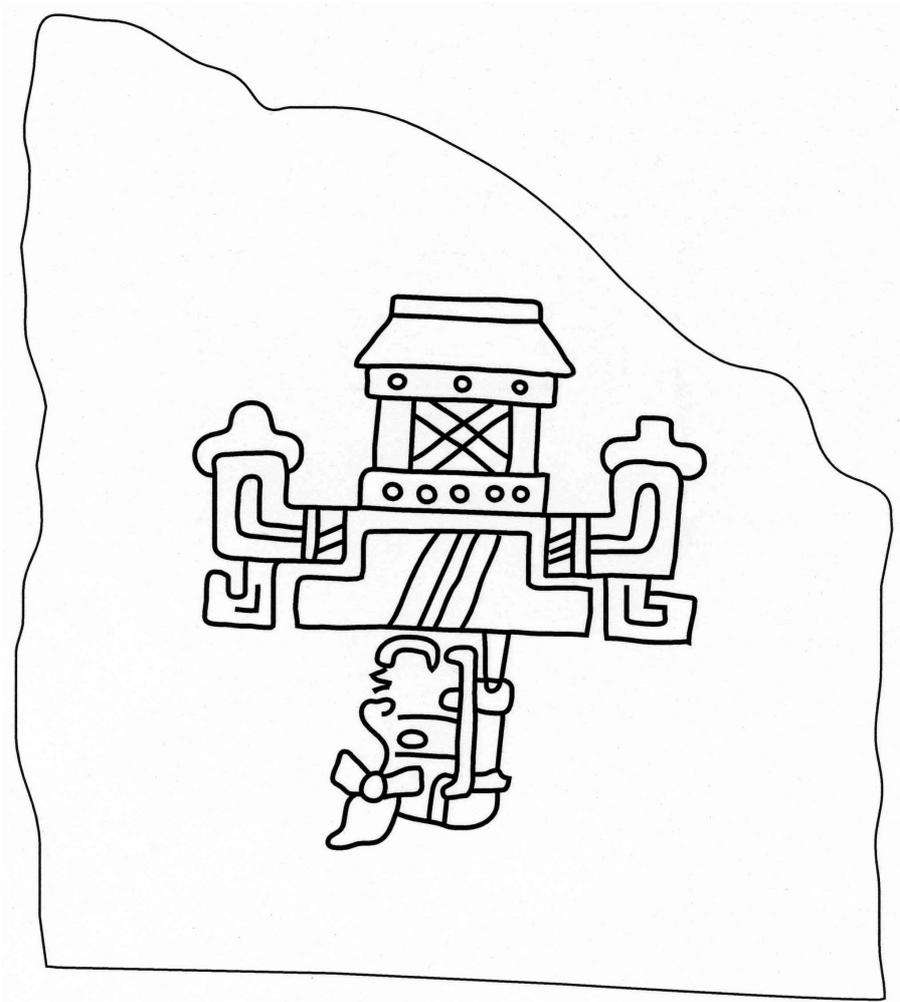


Fig. 1a: Lápidas 4 del Montículo J de Monte Albán, tomada de Alfonso Caso (1947: fig. 41). Dibujo de César Fernández Amaro.

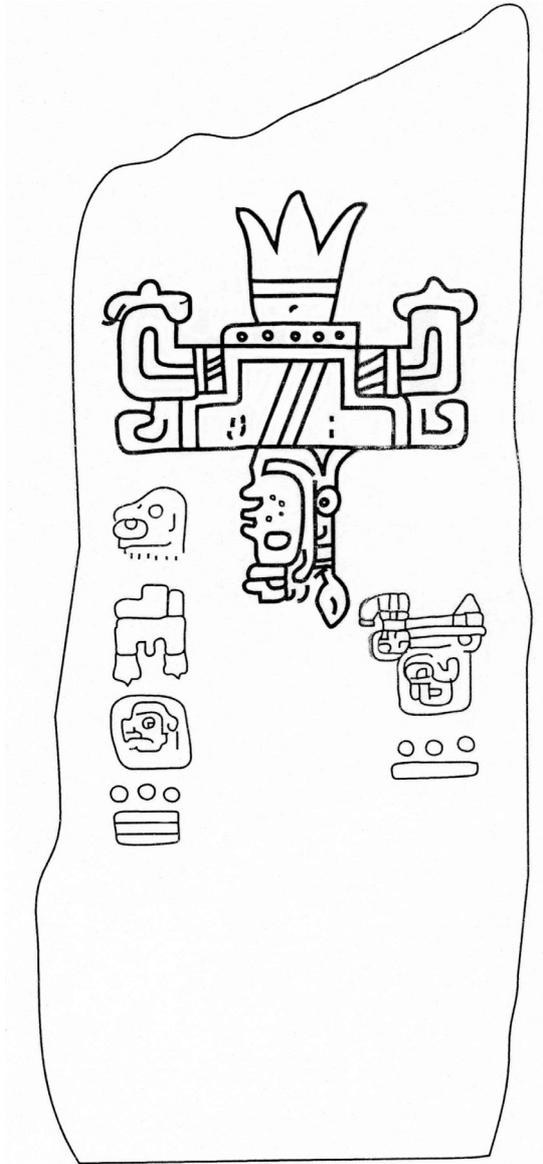


Fig. 1b: Lápida 16 del Montículo J de Monte Albán, tomada de Alfonso Caso (1947: fig. 45). Dibujo de César Fernández Amaro.

- un conjunto de jeroglíficos que probablemente son el nombre del lugar, algunos de ellos “claramente representativos o pictográficos, [...] compuestos por muy variados elementos, en apariencia disímbolos, que sugieren la representación de nombres de lugar por un sistema fonético, semejante al que empleaban los aztecas para designar los nombres de las localidades” (pp. 21, 25);
- el glifo “cerro” indicando lugar, al que “ya Batres había considerado como representación del cerro, y en consecuencia la expresión general del locativo [...] prácticamente igual en todos los casos, por lo que sólo debe tener un sentido genérico, como “lugar” o “pueblo”, equivalente al náhuatl *altepetl*” (pp. 21, 24-25);
- una cabeza humana, siempre a la misma escala y hacia abajo, que en su mayoría “conserva líneas en el rostro que indican tatuaje o pintura facial y todas poseen gorros o tocados amarrados debajo de la barba por una cinta a modo de barboquejo. En algunos casos [...] las cabezas están sustituidas por glifos” (pp. 21).

En cuanto al segundo elemento, añade Caso que “[...] El glifo consiste en una figura como de basamento, de dos cuerpos, decorada interiormente con dos fajas transversales, juntas o separadas por un espacio, que van siempre de derecha a izquierda y de arriba a abajo [...]” (1947: 24). Pero Gordon Whittaker (1980: 93-94) no ve una relación directa entre este glifo y un cerro, pues entre los topónimos nahuas que se podrían vincular con los diseños del Montículo J sólo unos cuantos llevan la raíz *tepe*⁵. Dicha observación es correcta, aunque no por ello el elemento escalonado tiene que ver con conquistas. A nuestro parecer se trata de un signo con alto valor simbólico, al que se ubicó en la posición –y semánticamente se sobrepuso al signo– que debe significar “tierra” o “lugar”, con el propósito de transferir una parte del aura que proyectaba la nueva ciudad capital a los pueblos que aceptaron libremente las normas de comportamiento social y cultural que a partir de entonces imperaron en los valles centrales de Oaxaca.

Sobre el tercer elemento, del que se dice “[...] La cabeza invertida y con el ojo de muerto, probablemente es la del rey del lugar conquistado [...]” (Caso 1947: 27), quedan dudas debido a que muchos de los tocados de estas cabezas se repiten, y en algunos casos no hay una cabeza sino un glifo complicado o la ausencia de todo signo (figs. 1c y 1d). De ahí que para Whittaker se trate de áreas geográficas más amplias. Según este autor, “[...] Debido a que las cabezas pueden agruparse en aproximadamente 10 a 12 categorías, ... [es] probable que ellas signifiquen las deidades patronas de divisiones políticas, cada una comprendiendo varios pueblos en el valle de Oaxaca y más allá [...]” (Whittaker 1980: iii; 1981: 15). Sin embargo, para Alfonso Caso la persecución de esta idea sería un poco difícil, ya que

5 Con referencia al *corpus* de topónimos contenidos en el Códice Mendoza, señala que sólo un 20% lleva el signo *tepe*, lo que complica nuestra comprensión de su significado.

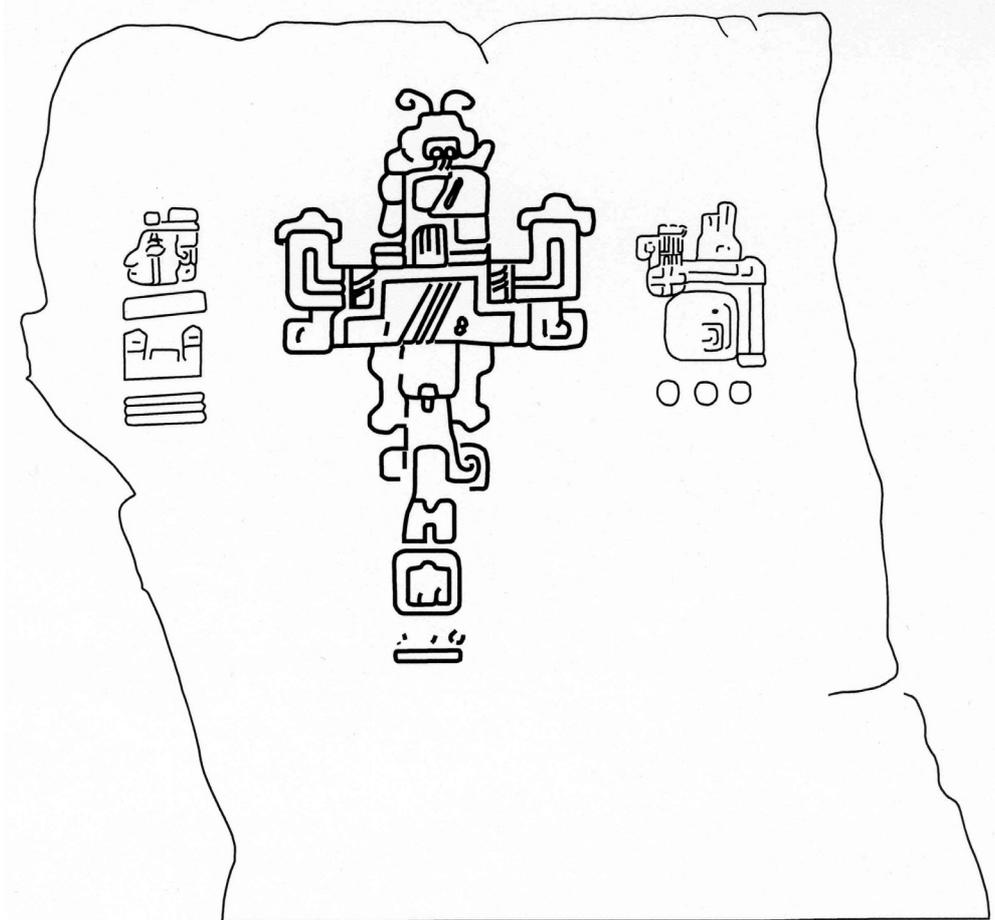


Fig. 1c: Lápida 13 del Montículo J de Monte Albán, tomada de Alfonso Caso (1947: fig. 43). Dibujo de Rubén Gómez Jaimes.

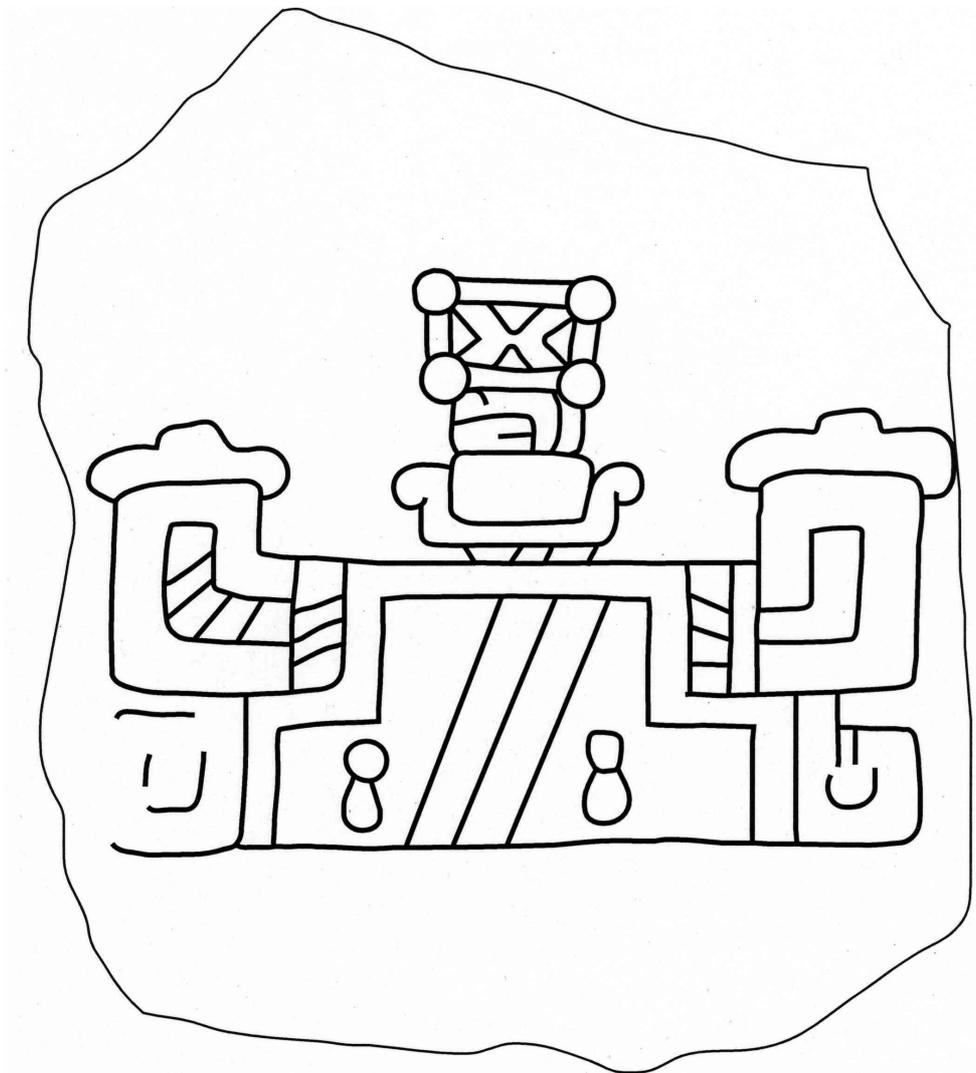


Fig. 1d: Lápida 42 del Montículo J de Monte Albán, tomada de Alfonso Caso (1947: fig. 4). Dibujo de César Fernández Amaro.

[...] el montículo J es uno de los más destruidos de Monte Albán, a tal punto que es probable, como dice la tradición, que haya sido volado en la época colonial, colocando en la cámara central un barril de pólvora. Por esa razón, encontramos la gran mayoría de las piedras en este montículo entre el escombro que cubría la base, y sólo las que formaban las fachadas del cuerpo inferior fueron encontradas *in situ* y nos permiten una reconstrucción del edificio, sin que exista la seguridad de que el lugar en el que las colocamos, sea el que les corresponde exactamente [...].

En virtud de que el edificio también fue usado después de la época II,

[...] no se puede tener la seguridad, pues más bien parece lo contrario, que los constructores posteriores del montículo hayan respetado el orden que dieron a esas piedras los constructores primitivos, y toda teoría sobre el orden real que antiguamente hayan tenido estas inscripciones tendrá un carácter muy hipotético, y habrá de contar siempre con la posibilidad de cambios efectuados en la colocación de estas piedras, aún en la misma época II [...]. (1947: 20-21).

Frente a esta reflexión, que seguramente desanimó a muchos investigadores a realizar un análisis corológico de los paramentos más antiguos del Montículo J, en 1980 Whittaker se dedicó al estudio de los jeroglifos que los caracterizan. Asumiendo que los monolitos que cayeron al piso quedaron tirados muy cerca de su posición original, reconstruye el orden de lectura que correspondería a la secuencia en la que se afiliaron a la ciudad capital los lugares mencionados. Para ello parte del supuesto de la existencia de un programa que habría permitido organizar los registros por área geográfica antes de ser colocados en el edificio. Con esto da un salto cuantitativo en el análisis de las lápidas que deja atrás buena parte de las discusiones sobre la lectura de los topónimos, y abre una puerta a la reconstrucción de los condados o distritos que formaban parte del paisaje de la época II de Monte Albán (Whittaker 1980: 118; 1982: 58-67; 1992: 14-15).

En este trabajo no se profundizará más en este tema, ya que la meta es interpretar los diseños ubicados en el Observatorio sin la connotación de muerte y conquista que les impuso Alfonso Caso (1947: 27). En este sentido nos parece que el contexto espacial del edificio en la gran plaza de Monte Albán, como la asociación de signos en las lápidas que lo conforman, se relacionan con el diseño labrado en la estela 25 de Izapa, que a decir de numerosos autores describe de manera sucinta la estructura del cosmos en una sociedad compleja. Contemplando el registro epigráfico de Mesoamérica en su conjunto parecería que dicho esquema siguió vigente durante muchos siglos, y que algunos ejemplos de lo que serían los *ahau-te* o “señores árbol” del área maya y de la región mixteca se reconocen en las paredes del sarcófago del Templo de las Inscripciones en Palenque y en el Códice Vindobonense. Entre una y otra de estas áreas se ubican los valles centrales de Oaxaca, región que desde épocas tempranas muestra un intenso desarrollo iconográfico.

4.1 La iconografía del estado en Monte Albán

El estudio de los procesos que se dieron en los valles centrales de Oaxaca alrededor del año 0, y su liga con lo que estaba sucediendo en el sureste mesoamericano, ha contribuido a entender mejor la iconografía de la primera formación estatal zapoteca. Dentro del contexto de una economía que transformó la imagen urbana de la época I, y que puso las bases para el aspecto actual de la gran plaza de Monte Albán, se distinguen rasgos de continuidad que permiten desechar las conquistas fundacionales propuestas por Alfonso Caso y sustentar la libre asociación como factor de unión por las ventajas que ofrecía a los participantes (Fähmel Beyer 2000). En el contexto mayor, representado por las grandes ciudades del Clásico temprano, el establecimiento de fronteras cerradas debió de ser impracticable debido a las diferencias de escala y desarrollo político entre las zonas nucleares y las marginales. Para posibilitar la convivencia entre los distintos señoríos y estados tuvo que prevalecer el interés por negociar beneficios comunes, articulados sobre una política de puertas abiertas. En aquel momento, el Montículo J u Observatorio vino a ocupar un lugar preponderante en la plaza principal de Monte Albán, donde junto con el complejo de conmemoración astronómica definió el ámbito que presidían los gobernantes en su papel de *axis mundi* frente a otros señores locales y foráneos (Fähmel Beyer 1997). Pero, ¿qué evidencias existen para asignarle a los señores zapotecos dicho rango?

Para dilucidar esta situación se necesita, primero, definir al *axis mundi* como el eje vertical que comunica al cenit con el nadir, pasando por el nivel de la tierra, donde se ubica la persona o el lugar que recibe la distinción de ser el centro del universo. Según Doris Heyden (1983a: 55) es “el centro ... donde se concentra la fuerza vital del universo, [...] el lugar de comunicación entre los mundos, el punto de donde fluye el poder divino por todo el territorio en las cuatro direcciones”. Diversos documentos que incorporan antiguos conceptos mesoamericanos, por su parte, hacen mención del gobernante como el “ombligo del mundo”, asemejándolo a un árbol que cobija al pueblo o atribuyéndole las características de éste (Heyden 1993: 201-205). A nivel gráfico, el diseño de la Estela 25 de Izapa ha sido considerado prototipo del árbol cósmico ligado a un señor y su parafernalia (fig. 2). El elemento central de esta estela está constituido por un saurio erguido con la cabeza hacia abajo, y su parte trasera tornada en árbol. Mientras que el cuerpo del animal se ubica en el plano terrestre, las fauces lo enraízan en el inframundo. Vinculado a él se reconoce a un señor con tocado elaborado y un estandarte en el que se posa un ave de pico ancho. Un ave parecida se localiza en las ramas que surgen del cuerpo del saurio y ascienden al cielo. Como símbolo del nivel celeste, la volvemos a ver en posición descendente en la Estela 2 de Izapa, y en el tocado del señor de La Mojarra.



Fig. 2: Estela 25 de Izapa, reprografiada del dibujo de Lee y Lowe (1968: fig. 5), en Mino Badner (1972: fig. 26).

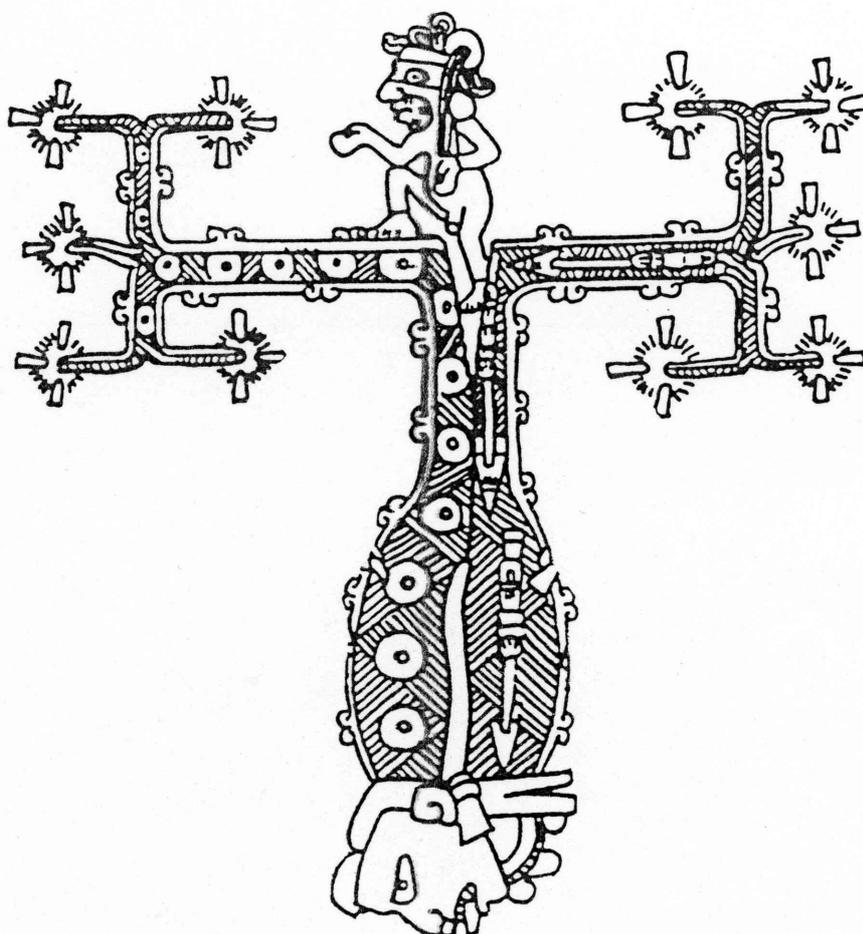


Fig. 3: Arbol de Apoala, tomado del *Codex Vindobonensis Mexicanus I* (1974: p. 37).

En Oaxaca dicha ave fue representada con simetría axial, en un diseño conocido como “fauces del cielo”, y en forma sencilla en numerosas urnas y lo alto del tocado del señor representado en el canto de la Estela Lisa de Monte Albán. En la parte inferior de este tocado se distinguen otras dos máscaras, siendo la de hasta abajo la del Dios Viejo 5F o señor del inframundo.

Ahora bien, si el relieve mencionado es el único que hace alusión a un dignatario zapoteca como *axis mundi* habría que pensar que los escribas y lapidarios de aquél entonces hallaron otras formas de ilustrar la sobreposición de los tres niveles del cosmos. Para resolver esta incógnita no hay que ir muy lejos, y tornar la mirada hacia el

Observatorio de Monte Albán, donde se aprecian numerosas cabezas humanas situadas debajo de glifos escalonados que parecen referirse a sitios y/o espacios geográficos que proyectan a sus lados un par de ramas con terminaciones trilobadas (figs. 1a y 1b). De ser el caso que estos diseños no representen a entidades sometidas sino a condados o distritos que apoyaron las políticas de Monte Albán, se les habría distinguido como árboles cósmicos que sostenían el cielo alrededor del *axis mundi* (Fahmel Beyer 2000). Tal condición debió de ser un estímulo muy atractivo para las jefaturas o *chiefdoms* que se desarrollaron en los valles desde tiempos atrás, ya que las necesidades de un estado que crecía en tamaño y complejidad ofrecían cuantiosas posibilidades de ascender en la escala social y formar parte de la élite regional – tal y como lo hicieron los señores mixtecos surgidos del árbol de Apoala (fig. 3).

Hasta acá, nuestra interpretación se basa en la revaloración de los signos “cerro” y “cabeza humana hacia abajo”, apoyándose en las propuestas de otros autores. Sin embargo, hemos añadido un elemento más: los apéndices que se distinguen a los lados del glifo “cerro”, descritos por Alfonso Caso de la siguiente manera:

[...] un objeto atado, con las dos puntas dobladas hacia arriba, muy semejante a las barras numerales que se emplean en la escritura jeroglífica de las épocas III y IV, para indicar el numeral 5, sólo que las ataduras, en vez de ser transversales, como en las barras que indican número, se representan siempre verticales y a ambos lados de lo que podemos llamar la cumbre del cerro. También se parecen a las barras numerales de las épocas III y IV, en que sus puntas están rematadas por unos objetos semejantes a la representación de los cascabeles que forman la cola de las serpientes, y este modo de decorar las puntas de cualquier objeto, se vuelve en la época III una de las características del estilo zapoteca clásico [...] Durante la época II y probablemente ya desde el fin de la I [...] las puntas de la barra que se doblan hacia arriba sobresalen mucho de la parte superior del cerro, mientras que en la época III son de menor tamaño y apenas sobresalen de la plataforma y raramente están decoradas como barras o bultos atados. También en la época II las puntas de la barra sobresalen a los lados del cerro, lo que nunca ocurre en la época III. Por último, exclusivamente en la época II o al final de la I, aparecen dos volutas que cuelgan de la barra doblada, a ambos lados del cerro, y estas volutas, que siempre están representadas en las lápidas de esta época, faltan completamente en las épocas posteriores [...] (1947: 24-25).

La razón por la que nombramos “ramas” a estos apéndices deriva de la semejanza formal que presentan con ciertos vegetales, y a que la parte trasera del saurio representado en la estela 25 de Izapa se transforma en frondosas ramas. Más en detalle, empero, es necesario advertir que las “puntas que asemejan cascabeles de serpiente” también forman parte de otros objetos y diseños decorativos zapotecos, y en especial de un signo que parece representar a una planta, esto es, el glifo J.

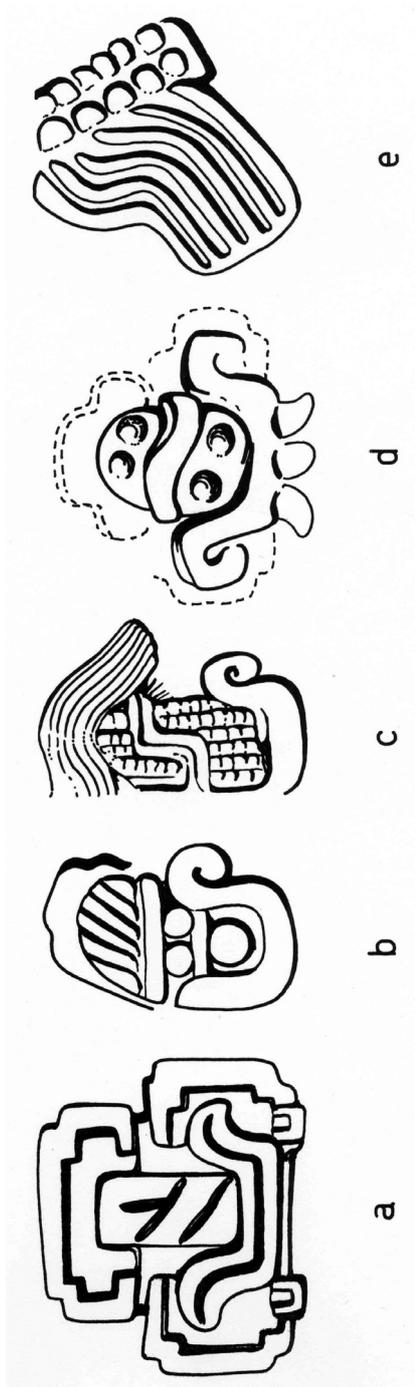


Fig. 4a: Glifo J, tomado de Alfonso Caso/Ignacio Bernal (1952: 20). Dibujo de César Fernández Amaro.
Figs. 4b-4e: Signos parecidos al Glifo J, tomados de Alfonso Caso/Ignacio Bernal (1952: 20). Dibujo de César Fernández Amaro.

5. El glifo J

Dentro del trabajo pionero de Alfonso Caso sobre las estelas zapotecas, el único signo que se puede relacionar con el mundo vegetal es el glifo J (fig. 4a). En un principio, este autor lo identificó con la tierra por el parecido que guarda con el signo nahua para las cavernas (1928: 36-38). Años más tarde lo interpretó como una flor (Caso 1938: 50; 1965a: 865-866; 1965b: 936). Pero en su libro sobre las urnas de Oaxaca, editado con Ignacio Bernal (1952), vio en él la estilización de una mazorca de maíz (figs. 4b-e). En las numerosas urnas publicadas en ese volumen se nota que el tocado del dios Cocijo a veces está adornado con mazorcas y otras veces con el glifo J. En algunas ocasiones, sin embargo, aparecen los dos signos juntos, como en la urna que perteneció a Federico Holm o en la urna no. 2 de la colección van Rhijn (Caso/Bernal 1952: 19, 97-98).⁶ Estudiando con cuidado dichas piezas se observa que los signos bajo discusión se usan de forma discreta, a veces complementaria, pero no indistintamente, por lo que su significado no puede ser el mismo. Surge así la necesidad de identificar los diseños que tienen semejanzas icónicas con el glifo J, distinguir entre unos y otros guardando en mente sus elementos comunes, y encontrar sus respectivos significados y relaciones mutuas.⁷ Sólo así se llegará a entender si hacen referencia al ámbito tierra-agua-flor o al maíz, y si tienen que ver con la simbología empleada para definir el cosmos y la estructura social que prevalecía dentro de él.

Ahora bien, si observamos con detalle al glifo J vemos que éste consiste de una forma ahusada cruzada por una banda o dos franjas diagonales, coronada por un elemento trilobado, y parada sobre una especie de bandeja vista en corte con un trilobado en cada extremo (fig. 4a). Por su forma, el elemento central nos recuerda la banda con amarre que figura al número cinco entre los zapotecos y los mayas, con la posibilidad de que represente a alguna deidad. Según la información etnográfica y etnohistórica recopilada por J. Eric Thompson (1950: 133-134, fig. 24: 30), el número cinco personifica a *Mam*, “abuelo materno” o “dios viejo de la tierra” (fig. 5a). El caracol y el lirio acuático son sus símbolos, y los últimos cinco días del año la época de su adoración. En el mundo nahua su equivalente parece haber sido *Tepeyollotl*, aunque el caracol lo liga con *Xiuhtecutli*, “ombligo del mundo”. De lo anterior se desprende que el glifo J podría estar relacionado con una planta: ya sea el lirio que acompaña a los señores mayas, o un árbol de linaje de tipo mixteco que escudriña el interior de la tierra para encontrar el agua y cobijar al pueblo con su follaje.

6 En *Storm-God Impersonators from Ancient Oaxaca*, Adam T. Sellen (2002) ilustra la urna no. 2 de la colección van Rhijn, ubicándola en el Museo Dolores Olmedo.

7 En *Zapotec Hieroglyphic Writing*, Javier Urcid (2001) se apega a la interpretación de Caso y Bernal (1952) sin discutir las diferencias entre los signos, o considerar otros signos parecidos. En *Storm-God Impersonators from Ancient Oaxaca*, Adam T. Sellen (2002) mantiene la misma idea, aunque distingue entre la representación de maíz tierno, joven y maduro.

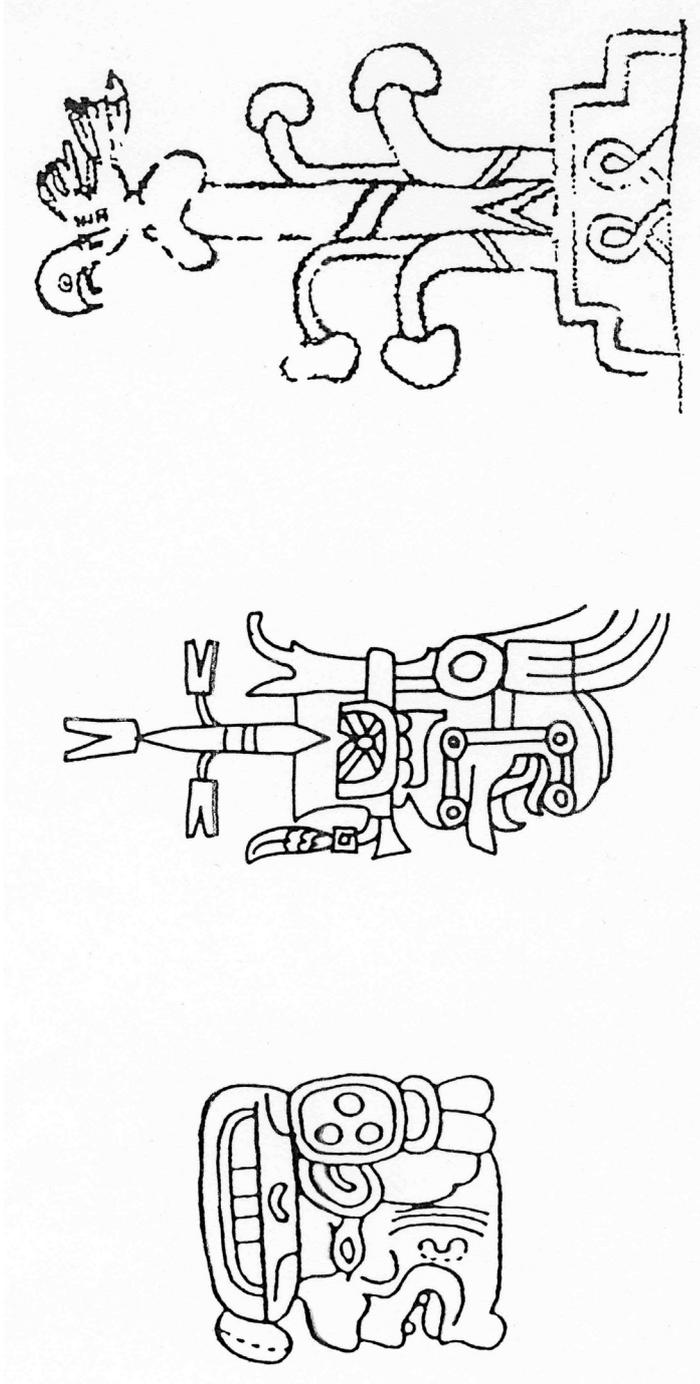


Fig. 5a: Figura que representa a Mam, dios maya del numeral cinco, tomada de Thompson (1950: fig. 24, no. 30).

Fig. 5b: Pieza olmeca de Izapa, tomada de Heyden (1983b: 62).

Fig. 5c: Pintura de un árbol en la Tumba 1 de Jaltepetongo, tomada de un dibujo de Raúl Matadamas, sin publicar.

El análisis del glifo J, sin embargo, no estaría completo si olvidamos los trilobados que forman parte de su estructura. Remontándonos en el tiempo a la cultura olmeca, encontramos en Izapa una imagen que resume las ideas expuestas anteriormente, plasmándolas en un tocado que muestra una especie de quincunce y una planta con tres flores (fig. 5b).⁸ En la Tumba 1 de Jaltepetongo, localizada en la cañada de Cuicatlan, Oaxaca (Matadamas Díaz 1997), una planta semejante se asocia a la historia de los gobernantes del lugar (fig. 5c). Aunque los trilobados que lleva en sus ramas están un poco desfigurados, las franjas diagonales ubicadas en sus apéndices recuerdan los de la figura olmeca y las ataduras que menciona Alfonso Caso al describir los apéndices que enmarcan al elemento escalonado en las lápidas del Montículo J (figs. 1a y 1b). Si a estas “barras dobladas hacia arriba, con puntas rematadas por objetos que se asemejan a los cascabeles de una serpiente” se les iguala con los diseños anteriores, y su relación con los glifos “cerro” y “cabeza invertida” es la misma que detectamos en la estela 25 de Izapa, no quedaría duda que el elemento trilobado representa a una flor, y que las lápidas del Montículo J ilustran a los “señores árbol” de la época II en los valles centrales de Oaxaca. ¿Pero cuál fue el significado intrínseco de los remates trilobados, o en su caso, la flor?

Desde que Eduard Seler realizó sus estudios sobre la iconografía prehispánica existe la convicción de que la flor se empleó como sinónimo del rostro, la calidad y la investidura de los gobernantes. Considerando que el glifo “cerro” es, en esencia, un trilobado, y que de él surgen las ramas que llevan en sus extremos una flor, parecería entonces que este glifo fungió como un calificativo que permitía delimitar ciertas esferas del estado cuya “utilidad y destino eran dignas de veneración y respeto” (Unión Tipográfica 1953: IX, 216). Tan significativo habría sido el papel de los lugares que apoyaron a Monte Albán, que “la representación de dos adornos de jade, formados por dos cuentas o por una cuenta y una placa en forma de trapecio” que parece haber dado el nombre de “lugar enjoyado” a Monte Albán fue transferida a los sitios que formaban parte de su paisaje sagrado (Caso 1947: 24; Whittaker 1980: 148-151; 1981: 14; 1992: 12).

6. El paisaje sagrado de Monte Albán

La continuidad entre las épocas I y II de Monte Albán, a la que hace referencia Ignacio Bernal (1965: 800), no sólo se distingue a nivel macro en la configuración de una entidad política más compleja e interrelacionada, sino en las diferentes manifestaciones plásticas de la cultura de la época II. En este sentido, el glifo J empieza a aparecer con más frecuencia en los vasos de la diosa 2J, mientras que al trilobado se le reconoce en numerosos objetos y representaciones humanas. En su forma más sencilla lo tenemos

8 Doris Heyden (1983b: 61-62) presenta la discusión de Peter D. Joralemon al respecto.

en la tapa y en los diseños que ocupan las paredes de las cajas de cerámica halladas en Monte Albán. En el tocado de la imagen conocida como diosa 11 Muerte, y en el pectoral rectangular de otras tantas figuras se ubica en los mismos lugares. En algunas urnas, sin embargo, sustituye al pectoral rectangular. En la pintura y escultura es muy común verlo adornando las barras de los signos numerales. Pero en donde más destaca es en el resplandor que llevan por detrás del tocado las imágenes de algunos dioses y gobernantes plasmadas en vasos y urnas funerarias (figs. 6 y 7).



Fig. 6: Urna funeraria que representa al Dios del Rayo, Cocijó, tomada de Alfonso Caso/Ignacio Bernal (1952: fig. 33). Dibujo de César Fernández Amaro.



Fig. 7: Urna que representa a un gobernante con tocado de Cocijó, tomada de Alfonso Caso/Ignacio Bernal (1952: fig. 71). Dibujo de César Fernández Amaro.

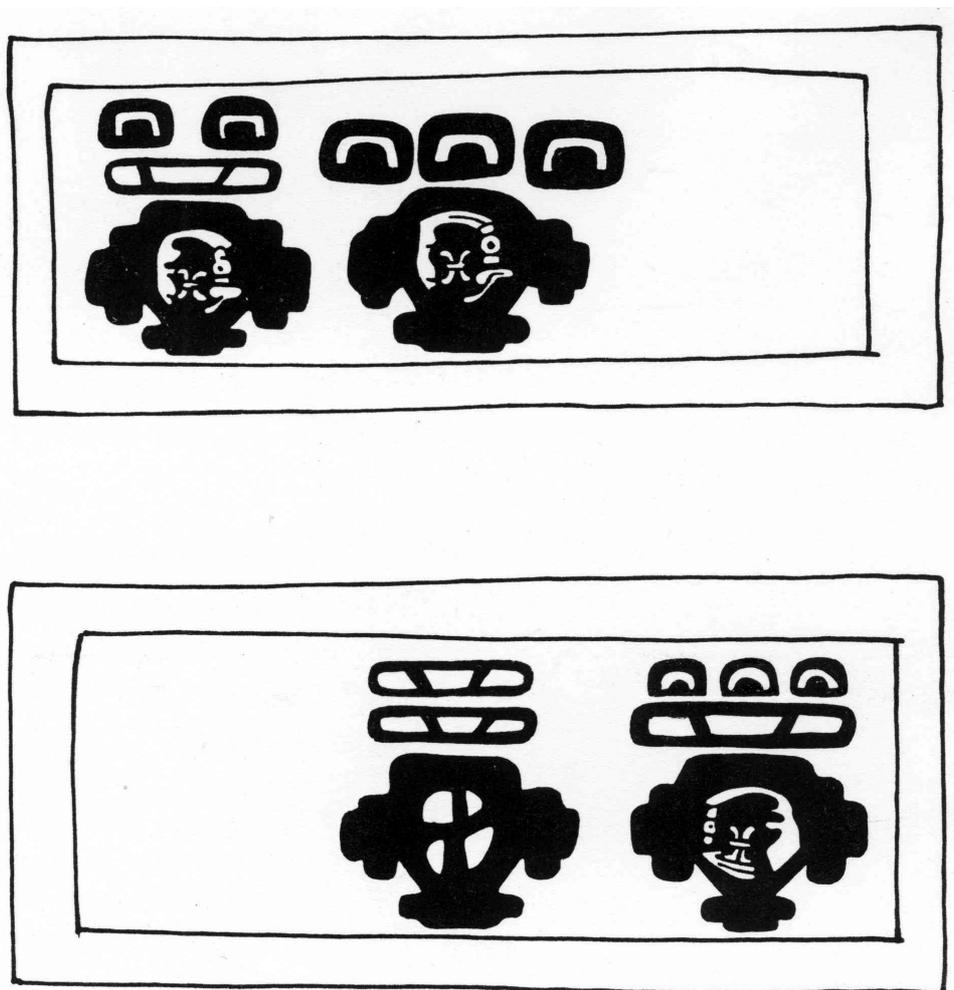


Fig. 8: Emblemas pintados en los muros norte y sur de la Tumba 72 de Monte Albán, tomados de Caso (1965a: fig. 25). Dibujo de César Fernández Amaro.

Por último cabría mencionar la Tumba 72 de Monte Albán, en cuyos muros se observan cuatro emblemas de forma ahusada que llevan al interior un glifo y en sus bordes tres trilobados (fig. 8). Su afinidad con el glifo J nos remonta a los árboles ubicados en las cuatro esquinas del cosmos, mientras que los numerales asociados nos hacen pensar en los dioses de la cosmología maya temprana (Fahmel Beyer 1993; 1996). La bicromía rojo sobre rosa y el orden cuatripartita de la iconografía, por su parte, nos conducen a Teotihuacán, cuya presencia se empezó a sentir en Oaxaca durante la época II tardía (200-350 d.C.). A esta situación podríamos añadir, que el lugar

representado en la Lápida de Bazán con un individuo vestido a la usanza teotihuacana parece haber disfrutado de la misma dignidad que el estado zapoteco confería a sus aliados, y que la relación entre ambos estados era pacífica y respetuosa, reconociéndose uno a otro como socios de la más alta jerarquía (Caso 1938: 18).

7. Implicaciones generales

En resumen podemos señalar, que durante la época II de los valles centrales de Oaxaca cristalizó una iconografía propia del estado, que por lo general distingue y califica los elementos que representan a las instituciones de la nueva estructura política y social. Habrá que investigar con más cuidado qué ámbitos del sistema tuvieron que ser validados gráficamente, y cuándo esto no fue necesario. En este contexto, los lugares representados en las lápidas del Observatorio habrían fungido como pilares de la nueva organización regional, cuya extensión territorial aún queda por ser determinada. El que los diseños de estas lápidas hayan sido interpretados como árboles, y no como signos de guerra, emana del parecido estructural que presentan con la iconografía de la Estela 25 de Izapa. Es probable que la guerra, como uno de los elementos de la cultura, haya existido desde temprano en la evolución de las sociedades complejas, pero dudamos que haya sido el factor primordial para la construcción del estado zapoteco. Los íconos que discutimos seguramente tuvieron un correlato en la lengua oficial, si pensamos que todos los signos podían ser leídos o pronunciados. Según Whittaker,

[...] Hay varias indicaciones de que el zapoteco o un idioma estrechamente relacionado era la lengua de las inscripciones desde la época I. Lo más obvio a este respecto es el uso de un elemento flor (zapoteco *quie*) en la composición de los glifos para lluvia, “cerro” (el glifo de posición) y el “día uno” (el glifo de fiesta), cada uno de los cuales puede ser leído como *quie* en zapoteco del siglo XVI con variaciones en tono y vocal [...] (1981: 15).

Por consiguiente, la interpretación del trilobado como una flor también nos remite al *quie* referido al “cerro” y a un tipo especial de “fiesta”. Pero el glifo J también aparece con frecuencia en las urnas de Cocijo, o dios del rayo, del trueno y de la lluvia. Ya que la imagen de éste fue la más representada durante el horizonte Clásico podríamos pensar que se le veneró como dios titular del Estado, y que su culto enfatizó la sacralidad de los vínculos entre Monte Albán y sus aliados.

El valor agregado que el signo *quie* parece proporcionar a los elementos asociados se inserta cómodamente dentro de la dinámica de una sociedad jerarquizada, pues en dichas sociedades los emblemas conferidos a los diferentes rangos y grupos sociales permiten mantener el orden prefigurado en su cosmograma. En este sentido, el que los trilobados enmarquen a ciertas imágenes adosadas a las urnas o vasijas funerarias es un indicio de la veneración ofrecida a las deidades que estaban dentro del orden estatal o de la dignidad alcanzada por determinados gobernantes. Es interesante notar, que en las ofrendas más antiguas de Teotihuacán se encontraron elementos semejantes como

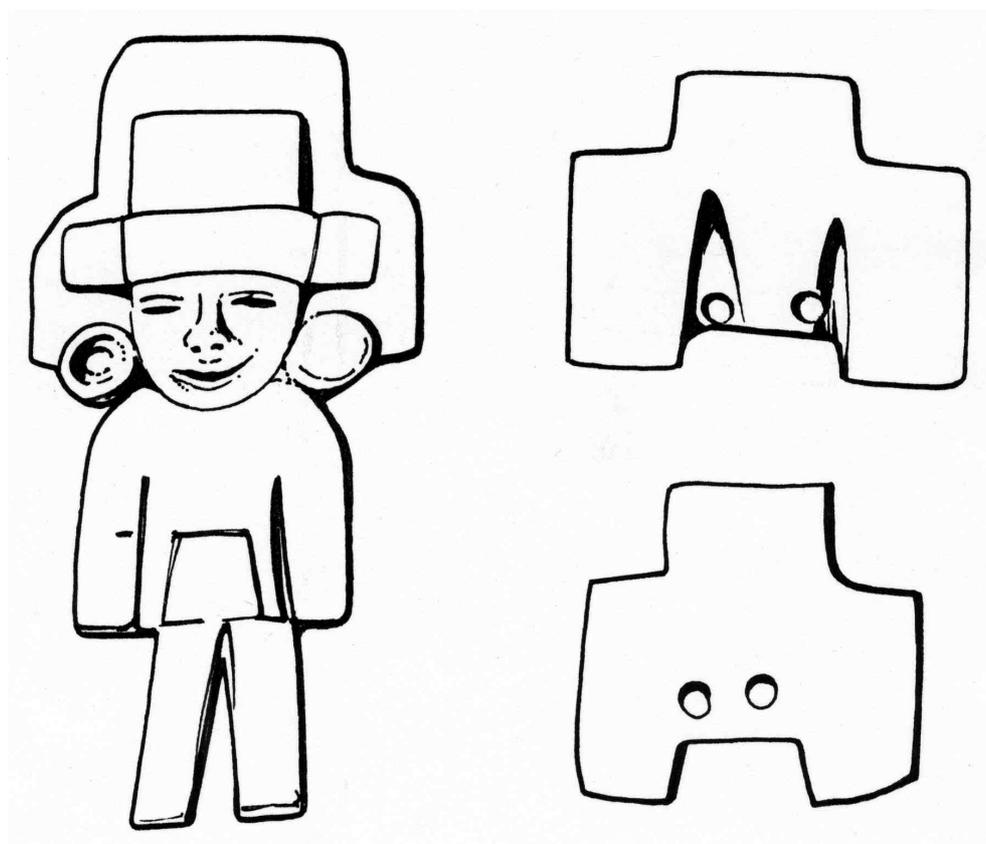


Fig. 9: Figurilla de piedra verde hallada en una ofrenda temprana de Teotihuacán, tomada de Daniel Rubín de la Borbolla (1947). Dibujo de César Fernández Amaro.

remate del tocado de figurillas masculinas labradas en piedra verde (fig. 9). Ya que estos trilobados no forman parte de los individuos representados, y se sujetaban a las figurillas en ocasiones especiales, no parecen aludir a títulos o privilegios heredados. Más bien se han de referir a distinciones que se otorgaban, o retiraban, conforme a la manera de actuar de las personas que ocupaban un cargo.

Por último, cuando vemos al glifo J y a los trilobados en relación con figuras humanas y representaciones que aluden al maíz, tenemos que salirnos un poco de la esfera de las élites y reconocer el respeto que se tenía por esta planta y por quienes producían la riqueza que sostuvo a la pirámide social. Así, las urnas que Alfonso Caso e Ignacio Bernal (1952: fig. 234) nombraron “dioses con mazorca al centro del tocado” debieron formar parte del ritual con que se rendía culto al paisaje sagrado, y ser un vehículo mediante el cual se valoraban las actividades agrícolas realizadas dentro de los límites territoriales del estado.

Bibliografía

- Badner, Mino (1972): *A Possible Focus of Andean Artistic Influence in Mesoamerica* (Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology, no. 9). Washington D.C.: Dumbarton Oaks.
- Balkansky, Andrew K. (2002): *The Sola Valley and the Monte Alban State. A Study of Zapotec Imperial Expansion* (Memoirs of the Museum of Anthropology, no. 36). Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Bernal, Ignacio (1965): "Archaeological Synthesis of Oaxaca". En: Wauchope, Robert (ed.): *Handbook of Middle American Indians*, vol. 3: *Archaeology of Southern Mesoamerica*. Austin: University of Texas Press, pp. 788-813.
- Berrin, Kathleen (ed.) (1988): *Feathered Serpents and Flowering Trees*. San Francisco: The Fine Arts Museums of San Francisco.
- Blanton, Richard E. (1978): *Monte Alban: Settlement Patterns at the Ancient Zapotec Capital*. New York: Academic Press.
- Blanton, Richard E./Kowalewski, Stephen/Feinman, Gary/Appel, Jill (1982): *Monte Alban's Hinterland, Part I: The Prehispanic Settlement Patterns of the Central and Southern Parts of the Valley of Oaxaca, Mexico* (Memoirs of the Museum of Anthropology, no. 15). Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Cabrera Castro, Rubén (1997): "Glifos teotihuacanos sobre un piso de estuco". En: Rueda Smithers, Salvador/Vega Sosa, Constanza/Martínez Baracs, Rodrigo (eds): *Códices y Documentos sobre México. Segundo Simposio*. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia – Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1: 393-406.
- Cabrera Castro, Rubén/Sugiyama, Saburo/Cowgill, George L. (1991): "The Templo de Quetzalcoatl Project at Teotihuacan". En: *Ancient Mesoamerica* (Nueva York [New York]/Cambridge), 2: 77-92.
- Caso, Alfonso (1928): *Las estelas zapotecas*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública, Talleres Gráficos de la Nación.
- (1938): *Exploraciones en Oaxaca. Quinta y Sexta Temporadas 1936-1937* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, publicación no. 34). México, D.F.: IPGH.
- (1947): "Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán". En: Mendizabal, Carmen vda. de (ed.): *Obras Completas de Miguel Othon de Mendizabal*. México, D.F., 1: 115-147.
- (1965a): "Sculpture and Mural Painting of Oaxaca". En: Wauchope, Robert (ed.): *Handbook of Middle American Indians*, vol. 3: *Archaeology of Southern Mesoamerica*. Austin: University of Texas Press, pp. 849-870.
- (1965b): "Zapotec Writing and Calendar". En: Wauchope, Robert (ed.): *Handbook of Middle American Indians*, vol. 3: *Archaeology of Southern Mesoamerica*. Austin: University of Texas Press, pp. 931-947.
- Caso, Alfonso/Bernal, Ignacio (1952): *Urnas de Oaxaca* (Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, no. 2). México, D.F.: Secretaría de Educación Pública.
- Codex Vindobonensis Mexicanus 1 (1974): *Codex Vindobonensis Mexicanus 1*. Facsímil, historia y descripción del manuscrito por Otto Adelhofer. Codices Selecti, vol. V. Graz: Akademische Druck- und Verlagsanstalt.
- Fahmel [Fähmel] Beyer, Bernd (1993): "La iconografía de las tumbas pintadas en Oaxaca". Ponencia presentada dentro del curso: *Beatriz de la Fuente – La Pintura Mural Prehispá-*

- nica*. México, D.F.: El Colegio Nacional. Ms.
- (1995): “Monte Albán II y Teotihuacán dentro del proceso civilizatorio mesoamericano”. En: *Anales de Antropología* (UNAM, México, D.F.), 32: 101-120.
 - (1996): “Un nuevo amanecer en la pintura mural oaxaqueña”. En: *La pintura mural prehispánica en México* (UNAM, México, D.F.), 2.4: 20-22.
 - (1997): *En el cruce de caminos: Bases de la relación entre Monte Albán y Teotihuacán*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
 - (2000): “Las lápidas del Montículo J de Monte Albán y el surgimiento del estado en los valles centrales de Oaxaca”. En: *Anales de Antropología* (UNAM, México, D.F.), 34: 81-104.
- Flannery, Kent V./Marcus, Joyce (2003): “The Origin of War: New 14C Dates from Ancient Mexico”. En: *Proceedings of the National Academy of Sciences of the USA* (Washington, D.C.), 100.20: 11801-11805.
- Heyden, Doris (1983a): “Lo sagrado en el paisaje”. En: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* (Sociedad Mexicana de Antropología, México, D.F.), 29: 53-65.
- (1983b): *Mitología y simbolismo de la flora en el México prehispánico*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
 - (1993): “El árbol en el mito y el símbolo”. En: *Estudios de Cultura Nahuatl* (UNAM, México, D.F.), 23: 201-219.
- Kowalewski, Stephen A./Feinman, Gary M./Finsten, Laura/Blanton, Richard E./Nicholas, Linda M. (1989): *Monte Alban's Hinterland, Part II: Prehispanic Settlement Patterns in Tlacolula, Etla, and Ocotlan, the Valley of Oaxaca, Mexico*. Memoirs of the Museum of Anthropology, no. 23. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Marcus, Joyce (1976): “The Iconography of Militarism at Monte Alban and Neighboring Sites in the Valley of Oaxaca”. En: Nicholson, Henry B. (ed.): *Origins of Religious Art and Iconography in Preclassic Mesoamerica*. Los Angeles: UCLA Latin American Center Publications/Ethnic Arts Council of Los Angeles, pp. 123-139.
- (1980): “Zapotec Writing”. En: *Scientific American* (Nueva York (New York)), 242: 50-64.
 - (1983): “The Conquest Slabs of Building J, Monte Alban”. En: Flannery, Kent V./Marcus, Joyce (eds.): *The Cloud People: Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*. London: Academic Press, pp. 106-108.
 - (1992): *Mesoamerican Writing Systems: Propaganda, Myth, and History in Four Ancient Civilizations*. Princeton: Princeton University Press.
- Marcus, Joyce/Flannery, Kent V. (1996): *Zapotec Civilization*. Londres [London]: Thames and Hudson Ltd.
- Matadamas Díaz, Raul (1997): “Pictografías de San Pedro Jaltepetongo, Cuicatlan”. En: Dalton Palomo, Margarita/Loera y Chávez C., Verónica (eds.): *Historia del Arte de Oaxaca. Vol. I: Arte Prehispánico*. Oaxaca: Gobierno del Estado de Oaxaca – Instituto Oaxaqueño de las Culturas, pp. 200-209.
- Millon, René (ed.) (1973): *The Teotihuacan Map. Urbanization at Teotihuacan, Mexico*, vol. 1. Austin/Londres [London]: University of Texas Press.

- Redmond, Elsa M. (1983): *A Fuego y Sangre: Early Zapotec Imperialism in the Cuicatlan Cañada, Oaxaca*. Memoirs of the Museum of Anthropology, no. 16. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Rubín de la Borbolla, Daniel F. (1947): "Teotihuacán: ofrendas de los templos de Quetzalcoatl". En: *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia* (México, D.F.), 2 (1941-1946): 61-72.
- Sanders, William T./Parsons, Jeffrey R./Santley, Robert S. (1979): *The Basin of Mexico. Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*. New York: Academic Press.
- Sellen, Adam T. (2002): "Storm-God Impersonators from Ancient Oaxaca". En: *Ancient Mesoamerica* (Nueva York [New York]/Cambridge), 13: 3-19.
- Spencer, Charles S. (1982): *The Cuicatlan Cañada and Monte Alban: A Study of Primary State Formation*. New York: Academic Press.
- (2003): "War and early State Formation in Oaxaca, Mexico". En: *Proceedings of the National Academy of Sciences of the USA* (Washington, D.C.), 100.20: 11185-11187.
- Thompson, J. Eric S. (1950): *Maya Hieroglyphic Writing: Introduction* (Carnegie Institution, Publication no. 589). Washington, D.C.: Carnegie Institution of Washington.
- Unión Tipográfica (1953): "Sagrado". En: *Diccionario Enciclopédico*. México, D.F.: Editorial Hispano Americana, 9: 216.
- Urcid Serrano, Javier (2001): *Zapotec Hieroglyphic Writing* (Studies in Precolumbian Art and Archaeology, no. 34). Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Whittaker, Gordon (1980): *The Hieroglyphics of Monte Alban*. Ph D dissertation, Yale University. Ann Arbor: University Microfilms International.
- (1981): *Los jeroglíficos preclásicos de Monte Albán*. Estudios de Antropología e Historia, no. 27. Oaxaca: Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (1982): "The Tablets of Mound J at Monte Alban". En: Jansen, Maarten E.R.G.N./Leyenaar, Th. [Ted] J. J. (eds.): *Coloquio Internacional: Los indígenas de México en la época prehispánica y en la actualidad*. Leiden: Rutgers, pp. 50-86.
- (1992): "The Zapotec Writing System". En: Bricker, Victoria Reifler (ed.): *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, vol. 5: *Epigraphy*. Austin: University of Texas Press, pp. 5-19.